

CAPÍTULO 1

ACIERTOS DE LA TEORÍA QUE PASAN DESAPERCIBIDOS

Un mérito indudable del marxismo es su trasfondo. Y son otros el sistemismo *avant la lettre* y la explicación funcional.

1.1. EL TRASFONDO

Entiendo por trasfondo las actitudes y creencias que no son parte de la teoría, ni susceptibles de una demostración cumplida, al modo en que lo son las afirmaciones científicas, pero que sin embargo determinan el curso de la investigación y la misma formulación teórica.

En el campo de la ciencia social hay elementos del trasfondo decisivos: el materialismo y el progresismo por una parte, y por la contraria el dualismo y el conservadurismo.

El marxismo tiene como trasfondo una concepción materialista que lleva a buscar en la ciencia la explicación de los procesos sociales, y un carácter progresista que al no estar lastrado por el deseo de conservar lo que existe, o de servir al poder, resulta cognitivamente libre.

En el extremo opuesto encontramos casi toda la literatura de ciencia social que hoy se hace, cuyo trasfondo, dualista y de carácter conservador, puede percibirse bajo la superficie de los discursos de intelectuales, expertos y comunicadores.

El influjo de estos aspectos no es igual en todos los espacios cognitivos. Señaladamente, no es igual dentro del campo de la ciencia que en el de la filosofía o el arte. Y no es igual en el campo de la ciencia natural que en el de la ciencia social.

En el caso de la ciencia natural, el impulso y la dirección que se da a la investigación pueden depender de ideas y preferencias del trasfondo, lo mismo que

el uso práctico de las teorías, pero esas ideas y preferencias no influyen en la teoría propiamente dicha, precisamente porque el método científico, basado en la eficacia predictiva, otorga una objetividad universal a las teorías, sin que importe mucho que hayan sido propuestas por un teórico dualista o materialista, conservador o progresista.⁷ Es esa eficacia la que confirma las hipótesis, evidencia la superioridad de las teorías científicas sobre las no científicas y permite elegir entre teorías científicas alternativas.

No ocurre lo mismo en los espacios de la ciencia social, allí donde se teoriza sobre el hombre y la sociedad. Primero porque los rasgos del trasfondo que estamos considerando tienen que ver directamente con el objeto de estudio, algo que no pasa, o no pasa en tal medida, si se trata de ciencia natural. Además, y sobre todo, porque la ciencia social se encuentra todavía en un estadio de protocientificidad, lo que significa que intenta aplicar el método científico, pero no ha conseguido aún eficacia predictiva suficiente. La consecuencia es que, pese al conocimiento progresivamente objetivo que la ciencia social va logrando en algunas investigaciones, no ha conseguido aún desbancar a las concepciones precientíficas tradicionales.

Si la ciencia social estuviera desarrollada, en ella encontraríamos la psicología científica que ahora no tenemos y entonces a tal punto se habría evidenciado que el conocimiento científico sobre el hombre y la sociedad es superior al conocimiento ordinario, que éste habría decaído (al menos en los círculos ilustrados). Pero precisamente porque no se dispone del criterio de la eficacia predictiva, pueden coexistir “verdades” conservadoras con “verdades” progresistas, “verdades” dualistas con “verdades” materialistas, ocurriendo en el campo social no sólo que el investigador conservador y el progresista, el dualista y el materialista, ven distintos problemas y dan distinta relevancia a unos u otros espacios de la realidad social, sino también que cuando enfocan un mismo problema llegan a verdades diferentes.

Pero pese a que no disponemos todavía de la prueba definitiva frente a la que decaen las oposiciones, podemos afirmar, por las razones a que me refero a continuación, que el trasfondo materialista y progresista proporciona ya una gran ventaja cognitiva.

1.1.1. LA CONCEPCIÓN MATERIALISTA

Son muy generales, incluso entre teóricos y científicos, dos creencias, muchas veces implícitas, pero siempre influyentes: una, que existe un dios que creó el mundo; otra, que cada persona es un compuesto de cuerpo mortal y alma inmortal.

Una consecuencia de este dualismo (materia y espíritu) es considerar que a ciertos objetos del campo social, a aquellos que no son materiales, no les es aplicable el método científico y deben ser abordados con otro método, sea el teológico, sea el hermenéutico de índole filosófica.

⁷ Me remito sobre este tema a PyA cap. 1.

Enfrentada a este dualismo se sitúa la concepción de la realidad como un sistema material cuya estructura ha ido evolucionando según leyes que la razón humana va descubriendo. Esa realidad ha ido produciendo sistemas de complejidad creciente, en algunos de los cuales han emergido propiedades nuevas. En lo alto de la pirámide de complejidad se encuentra la persona, organismo biológico en el que la interacción social hace emerger las propiedades psíquicas que el dualista identifica con el alma.

Quien está determinado por su materialismo acepta sin problemas las pruebas de que en el sistema nervioso (que vale tanto como decir en la mente material) podemos encontrar todo aquello que se atribuye al alma, con la ventaja de que cabe así estudiarlo científicamente en su estructura y en sus causas, en sus funciones y en sus efectos.

Si el teórico ha sido educado para no aceptarse como un sistema material perecedero (lo que ocurre cada vez que ha ligado en la niñez su creencia espiritualista con la afectividad más fuerte, la dirigida a sí mismo), entonces tiene un interés vital en rechazar toda información, por objetiva que sea, que ponga en peligro tal creencia. En cambio el teórico materialista nada teme perder de la indagación científica, por el contrario, cualquier progreso satisface su deseo de un más riguroso conocimiento de la realidad.

En consecuencia, del materialismo se sigue una actitud positivista, entendiéndose por tal la defensa de la unidad de método (la aplicación del método científico no sólo a los objetos del campo natural, sino también a los del campo social), actitud ésta que favorece el desarrollo de la ciencia.

Se sigue también una concepción determinista que, al oponerse al concepto de “libre albedrío” (libertad del alma), nos permite analizar mejor las distintas modalidades causales de la acción humana y de la libertad empírica.

Se sigue finalmente una interpretación de la religión como superstición con alto valor ideológico, y no precisamente favorable a las clases dominadas y explotadas.

1.1.2. PERSONA Y SOCIEDAD

Volvamos a la concepción marxista de la persona y la sociedad expuesta en la introducción. Si decidimos llamar persona a todo nacido de humanos, entonces el niño recién nacido es una persona. Pero hemos de aceptar que el recién nacido no lo es si decidimos que es persona el organismo capaz de producir los comportamientos típicamente humanos, los que el humano no comparte con el chimpancé, entre otros actuar con un autoconcepto desarrollado, tener valores morales, anticipar el futuro y recordar el pasado en un relato biográfico, idear mundos posibles y utilizar un conocimiento proposicional con el que se transmiten los progresos cognitivos, morales y prácticos a las siguientes generaciones.

Desde este punto de vista hemos de concluir que la mente del recién nacido no es todavía una mente humana, pero no sólo porque carece de las propiedades señaladas, sino sobre todo porque no puede llegar a adquirirlas contando con el solo desarrollo biológico a partir del nacimiento.

El proceso de desarrollo neuronal va siendo modelado por la experiencia desde el inicio, y lo que hace del cachorro humano algo muy diferente del chimpancé es su capacidad para el efectivo aprendizaje de la lengua de su grupo. Los casos investigados de los llamados “niños lobo” o niños ferales han probado que si el nacido de humanos no aprende una lengua natural (y parece que sólo puede aprenderla de manera satisfactoria en un período crítico, aunque esto es indiferente para el presente razonamiento) no va a manifestar en su comportamiento síntomas de que en él funcione una mente humana, y en consecuencia (al menos, hablando desde un punto de vista empírico y libre de creencias indemostrables) no va a ser persona, carecerá del potencial de la conducta humana en todos los aspectos relevantes.⁸ No manifestará en su comportamiento síntoma alguno de que en él funcione un sistema conceptual diferente y superior al del chimpancé.

Quiere ello decir que el humano tiene dos gestaciones, una intrauterina (biológica), que da de sí un animal no muy diferente a la cría de cualquier primate, salvo porque su sistema neurofisiológico está preparado para la segunda gestación, la extrauterina (social) que es la que lo convierte en persona y que consiste en la adquisición de la lengua del grupo, siendo ésta segunda la verdaderamente fundamental respecto a las propiedades típicamente humanas, las que no compartimos con los restantes animales. De ahí que la denominación “lengua materna” no tenga un sentido metafórico, sino literal. La interacción comunicativa es el útero social que nos gesta como personas, en un proceso que va introduciendo y sistematizando en nuestra memoria estructura semántica de origen social.

Todo cuanto se ha ido investigando avala la tesis (que Marx asumió) de que la humanidad es un resultado de la evolución y de que la gestación de la persona es un proceso social que depende de la modelación de la cultura por el orden económico y de la pertenencia a una u otra clase social.

Resulta así que el lenguaje no es un mero medio de comunicación, un instrumento que sirve para transmitir significados independientes, que existirían en el sujeto aunque no dispusiera de lenguaje para comunicarlos. Por el contrario, la trama neuronal de las palabras es un elemento constitutivo del sujeto, porque es en

⁸ Entre otros niños salvajes se puede citar Pedro de Hamelin, la niña de Songui, Víctor de Aveyron (que inspiró la película *El niño salvaje* de Truffaut) o Genie Wiley (que inspiró la película *The Mockingbird Don't Sing*). La capacidad antropogenética de la lengua es algo que han sabido apreciar Dante, Condillac, Marx, Vigotski, Bajtín, Cassirer, Luria, Mead, Bertalanffy, Dennett y Bruner entre otros (no todos desde una posición materialista). Hace justicia al desarrollo evolutivo como condición necesaria (sólo pueden aprender una lengua natural los miembros de la especie humana) y hace justicia al mismo tiempo a otra condición necesaria, la interacción social de la que depende el aprendizaje de una lengua.

esa trama donde se insertan las imágenes, afectos y pautas de acción memorizadas, adquiriendo por esa inserción funciones específicas.

Marx tiene claro que las personas serán muy distintas en un sistema socialista que en el capitalista, y describe al tipo de persona que denomina “hombre nuevo” con características que no se parecen a las que exhibe el “hombre viejo” aún dominante. Esta concepción se opone radicalmente a la de quienes piensan que la naturaleza humana, inmodificable, se manifiesta en los vicios del presente, y que por tanto son imposibles las soluciones alternativas a las tradicionales, de lo que se sigue que la utopía es irrealizable porque el hombre es por naturaleza egoísta, competitivo, perezoso. La inanidad de esta concepción se muestra en que no explica por qué hay personas tan distintas unas de otras si todas ellas comparten la misma naturaleza, por qué los vicios de carácter no están uniformemente repartidos, por qué hay personas no egoístas, ni perezosas, ni duras de corazón y sin embargo no pensamos que pertenezcan a otra especie.

1.1.3. DETERMINISMO Y LIBERTAD

La concepción de la persona afecta a uno de los conceptos más proclamados, gritados, tergiversados y aprovechados en la actividad ideológica: el de libertad. Vale la pena por tanto una reflexión (por ahora elemental, más adelante más completa) sobre lo que el término “libertad” encierra bajo su superficie, cuyo significado es uno de los más ambiguos de la literatura social, con el que se indican muchas cosas que residen en espacios diferentes, algunos reales, otros irreales, sin que quede claro en cada aplicación del término a cuáles de esas cosas nos estamos refiriendo. Con el término libertad ocurre como con otros aparentemente seguros: el que lo usa no se siente obligado a especificar a qué se refiere, como si todo el mundo tuviera muy claro qué es la libertad.

El materialista ha de ser determinista si es coherente, es decir, ha de pensar que todo lo que ocurre, también la acción humana, tiene causas materiales.

Esto es aprovechado por el dualista para presentar al materialista como enemigo de la libertad que degrada al humano a la categoría de máquina o autómatas y que desactiva el concepto de responsabilidad e impide, por tanto, cualquier proyecto de vida colectiva.

Se trata de acusaciones sin fundamento y que revelan impotencia teórica.

Ya Marx y Engels se vieron obligados a salir al paso de la acusación de que eran enemigos de la libertad (de manera contundente en el *Manifiesto*).

Y es que el determinismo bien entendido sólo afecta al concepto metafísico de libertad, al libre albedrío o libertad del alma, no al concepto de libertad que podemos llamar empírico, que es una mera forma de caracterizar a ciertos comportamientos. Desde el punto de vista empírico tiene sentido decir que alguien ha recuperado la libertad cuando sale de la cárcel, o decir que alguien es un esclavo de

una pasión, o que en una dictadura se carece de libertad para exigir derechos. En estos casos nos estamos refiriendo a una libertad comprobable.

En realidad todos somos deterministas respecto a la acción, en el sentido de que nadie piensa que lo que caracteriza al humano es que sus acciones sean azarosas. Al hablar de libertad en el espacio filosófico la discusión se da entre dos tipos de determinismo: el de quienes piensan que el comportamiento intencional está determinado por el alma espiritual y el de quienes piensan que ese comportamiento está determinado por la mente material. Los primeros quieren decir que el alma, que determina la conducta, no está a su vez determinada por procesos materiales, y a esto se refiere el concepto de "libre albedrío". Los segundos piensan que el comportamiento viene determinado por la relación entre la mente y el entorno, relación que ha ido determinando en el pasado las estructuras mentales que ahora son determinantes.

Es una pena que el dualista no lo reconozca así, porque se ahorrarían polémicas y el tema se plantearía con más claridad.

Por provocador que suene al dualista, se puede decir con fundamento que una de las ventajas morales del materialismo es la eliminación del concepto de "libre albedrío", pues ello abre caminos para el análisis de los distintos tipos de libertad y de coacción empíricas, algunas aparentes, otras ocultas, algo necesario para desarrollar una crítica de los sistemas sociales. El determinismo es un supuesto que induce a indagar y que por ello puede originar avances cognitivos. La libertad empírica es analizable con gran provecho si buscamos explicaciones científicas de las relaciones entre orden social, formas de socialización y comportamiento individual. En consecuencia, el materialista puede defender la libertad empírica personal (la única de que podemos disfrutar) sin que su visión filosófica le entorpezca, más bien el estudio de la libertad empírica y de su ejercicio le facilitará la tarea de defenderla.

En cambio, dado que la libertad metafísica es inanalizable (porque el alma es simple, carece de partes y mecanismos), quien cree en ella tiende a sustituir la investigación científica por una hermenéutica subjetiva.

No es por otra parte una acusación arriesgada decir que el carácter evanescente de la libertad metafísica hace fácil que algunos de sus cantores transijan con numerosas formas de ataque a una libertad empírica bien entendida. Con demasiada frecuencia la apelación a la libertad está hecha para esclavizar mejor. Continuamente estamos oyendo proclamar el derecho a ciertas libertades, como la de expresión, la económica, la de religión, la electoral, o asistimos a la identificación de libertad con la economía de mercado y su "democracia". Hay un humanismo profundo en la concepción determinista, que contrasta con el antihumanismo de la apelación a la libertad como bien supremo si tal apelación aparece en discursos como el de Robert Nozick y otros "liberales" (ver apéndice 3), o en boca de creyentes que atacan al determinista que lucha por la emancipación de sus semejantes, mientras ellos propugnan el sometimiento de las mentes al oscuro dogma administrado por el sacerdocio, o incluso cuando aparece en teóricos que dan por bueno que alguien es libre si, simplemente, está libre de coacción y de miseria.

En cuanto a la degradación del humano a la categoría de máquina o autómatas, imaginemos una teoría que exaltara al humano a la categoría de ángel o de dios mitológico. ¿Sería por eso buena teoría? ¿Y por qué ha de degradar a la persona la teoría que describe los mecanismos de su comportamiento? ¿Es degradante que esos mecanismos sean materiales y sustituyan al alma inmaterial? Para muchos sí, y con ellos no cabe diálogo racional.

Tampoco tiene sentido decir que el determinismo acaba con el imprescindible concepto de responsabilidad. Baste decir que no conocemos un caso en que las ideas deterministas hayan llevado a alguien a la irresponsabilidad, mientras que sí conocemos a deterministas responsables, lo mismo que a creyentes en el libre albedrío irresponsables. Por tanto es un error derivar el concepto de responsabilidad de la creencia en una libertad metafísica.

El determinista ha de pensar que el criminal no es culpable de su crimen, ya que actuó determinado. Pero precisamente una ventaja de la concepción materialista es que, al negarse a postular la existencia de un alma metafísicamente libre, elimina esa entidad gravosa que echa sobre el individuo el pesado fardo de la culpa.

Una diferencia del cambio de ideas es entonces que, cuando el sistema mental el materialista le determine a actuar contra sus metavalores morales, la tensión que inevitablemente sentirá no tomará la forma de culpa, ni la idea que se haga del caso incluirá el concepto de pecado. Se sentirá en todo caso entristecido por su mal funcionamiento y, en lugar de buscar el perdón divino que el cura le administra, estará determinado a tratar de encontrar y modificar las causas psíquicas. Del mismo modo enjuiciará el comportamiento ajeno, colocándose en línea con la propuesta de ilustres penalistas en el sentido de que la reacción social frente al delito no tome forma de pena sino de medida de seguridad y de reeducación. En esta perspectiva no desaparece, ni teórica ni prácticamente, el concepto de responsabilidad civil o penal, aunque desaparecen, y en buena hora, los de pecado, culpa y castigo.⁹

En 4.8. volveremos sobre este asunto para comprobar hasta qué punto la concepción determinista proporciona ventajas cognitivas.

1.1.4. VENTAJAS DEL MATERIALISMO RESPECTO A LA RELIGIÓN Y OTRAS SUPERSTICIONES

1. El materialista puede investigar los efectos de la religión en la estructura cognitiva y afectiva de las distintas clases sociales sin el obstáculo que encuentra quien cree que el hecho religioso tiene una nobleza que hay que preservar a lo largo de la

⁹ Una ventaja de esta concepción se percibe en casos como el del violador que, cumplida su condena, debe ser puesto en libertad aunque se teme que reincida. Si no hubiera condenas penales sino medidas de seguridad, sólo estaría recluso el que fuera un peligro para los demás y mientras lo fuera (durante la vida entera si la peligrosidad no desapareciera). Naturalmente, al no ser una pena, se trataría de que la reclusión fuera lo menos penosa posible y ante todo orientada a la reeducación.